

ERAMOS TAN JOVENES

Woodstock. El festival de rock más famoso de la historia. Ocurrió entre el 15 y el 17 de agosto de 1969, en una granja a noventa millas de Nueva York. Bajo el lema "Tres días de paz y música" se reunieron entre 400 y 500 mil personas para escuchar a veinticinco artistas de rock. Fue el símbolo de la contracultura hippie, pero también el comienzo de su desintegración.



AMOR Y MUSICA

Por Joan Baez



Woodstock fue drogas y sexo y rock and roll. Woodstock fue Janis "Coitus Interruptus" Joplin y Jimi "Genius" Hendrix, y el soberbio torso sudoroso de Roger Daltrey de The Who. Woodstock fue "Country" Joe McDonald, tan guapo como un indio salvaje. "Venga, uno, dos, tres; no me preguntes por qué luchamos, me importa un rábano. La próxima parada, Vietnam." Woodstock fue Dirty Sly y la Family Stone flipándose con medio millón de personas. Woodstock fue el chiflado de Joe Cocker, con el cuerpo doblado como un espantajo paralítico pero cantando como Ray Charles. Woodstock fue lluvia y barro, soldados disfrazados y policías que dejaban las pistolas y se ponían a preparar perros calientes para unos hippies hambrientos. Woodstock fue blancas damiselas del lago envalentonadas por los controles de la carretera colocados entre la ciudad dorada de la libertad y sus hermandades universitarias, apartando de los ojos el cabello empapado mientras el agua del lago les chorreaba por el codo, no del todo ajenas a las cámaras que rodaban en la orilla, enfocándoles los hermosos pechos. Woodstock fue Wavy Gravy y su granja porcina. "¿Hay desayuno para cuatrocientos mil?", y sus palabras a los listos "No tomen el ácido marrón, ¿entendido?" Woodstock fue Abbie Hoffman gritándome al oído para ahogar el sonido de Creedence Clearwater Revival, que le regalaba su navaja, y yo diciendo que no porque se burlaba de mi pacifismo, o así me lo parecía...

¿Woodstock? Caramba, yo ya estaba abusando de mi buena suerte. Llevaba diez años en el mundo de la música y todavía no me drogaba ni había recurrido al soporte de un conjunto. Pero Woodstock también fui yo, Joan Baez, la morigerada, embarazada de seis meses, esposa de un antimilitarista que no se cansaba de predicar la no violencia. Yo tenía mi sitio allí. Yo pertenecía a los sesenta y era ya una superviviente.

Llegamos por el aire, volando por el norte del estado de Nueva York. En el helicóptero venían mamá y Janis Joplin. Volamos sobre la cuadrícula de los campos de cultivo y las hordas de caminantes de mochila. Janis agarraba con fuerza su botella de licor y todo el mundo se asomaba a la puerta. El viento nos despeinaba dándonos aspecto de salvajes. Delante y alrededor, nubes amoratadas. ¿Era sólo aquel tiempo revuelto lo que nos excitaba o intuíamos que se iba a hacer historia?

Woodstock fue Manny animando a mamá a fumarse un porro, pero sin conseguirlo, porque ella dijo que le daba miedo.

A veces, los famosos nos reíamos de los halagos. A veces, ser famoso es más molesto que divertido. ¡Pero a veces es maravilloso! Woodstock fue una de estas veces.

Sí; en Woodstock nacieron dos criaturas y murieron tres personas. Woodstock era una ciudad. Sí; fueron tres extraordinarios días de lluvia y de música. No; no fue una revolución. Fue un reflejo de los años sesenta, con mucho color y mucho barro.

Nunca podrá haber otro Woodstock. Woodstock, con todo su barro y toda su gloria, pertenece a los años sesenta. Aquella época escandalosa, añorada, exaltada, trágica, loca, de barbas y collares, se fue para no volver. No la echo de menos. Pero, a veces, los ochenta me irritan.

LA CERE
DEL A

Por Eduardo Berti

La revolución de la droga es diferente a otras revoluciones en este país: no tiene enemigos. Este es el lugar justo para mostrar esto y dedicarle una canción al gobernador de California, Ronald Regan, gritó Country Joe. El tema de Roger McGuin y Graham Parsons, de The Byrds, sonó en el escenario de Woodstock: *El es el repartidor de la droguería, él es el jefe de Ku Klux Klan. Tiene una medalla que ganó en la guerra y cuelga al lado de su puerta.* Eso no quedó en la película de Michael Wadleigh, de la cual extrajo sus impresiones toda una generación excepto los 400 o 500 mil jóvenes que estuvieron presentes allí.

La realidad de Woodstock tuvo poco que ver con la gloriosa exposición acuariana que mostró la película, escribió Bruce Cook en un muy buen libro llamado *La generación beat. Lo que en su momento había sido bonito, se convirtió en algo magnífico gracias a la fotografía en colores del señor Wadleigh. El film no transmitió los malos olores ni malos viajes. Y el único barro que se podía ver, bueno, parecía magnífico para deslizarse colina abajo.* Veinte años después, en un libro escrito por Joel Makower *(Woodstock, The Oral History)* que acaba de editarse en los Estados Unidos, Abbie Hoffman en uno de los últimos reportajes antes de su suicidio, se queja de que el discurso que pronunció en escena no fue incluido en el film porque: *Los promotores y la industria del rock siempre trataron de separar la política de la cultura aunque, por supuesto, la película se jactaba de no hacerlo.*

De Woodstock quedó un cántico con forma de *"o-oooó"* que dos décadas después los argentinos todavía usan para expresar su agrado y exigir un bis. Quedó la imagen de Jimi Hendrix en la que fue, tal vez, su mejor actuación, y no la de Janis Joplin que —dicen— tuvo allí una de sus peores performances a tal punto que el disco y la película se encargaron de ignorarla. Pero además del barro, los dedos en "V" y otros iconos, ¿qué se cantó en Woodstock? *Cantaremos todas canciones que hablan sobre ustedes* —dijo Richie Havens al público—, *así la gente mañana lee sobre ustedes.*

Hubo letras políticas junto a reclamos de amor y comprensión así como los artistas parecían dividirse en dos lotes: los cantantes de "protesta" como Joan Baez, John Sebastián y Arlo Guthrie por un lado; los grupos del rock ácido de California como Grateful Dead, Jefferson Airplane, Country Joe & The Fish o Sly and The Family Stone por el otro. Pero muchas propuestas como The Who o Santana no encajaban en esta simplificación y el lema "amor y paz" resultaba insuficiente para resumir la ideología de Woodstock.

Country Joe, sin dudas una de las bandas más explícitas de la época, combinaba ambas vertientes: la psicodelia hippie que correspondía al rock ácido con la militancia yippie universitaria de afinidad con el folk politizado. El nombre del grupo hubiera vuelto a matar a McCarthy: Country Joe era, traducido al inglés, uno de los seudónimos de Stalin en su juventud, mientras que The Fish (el pescado) derivaba de los escritos de Mao, para quien las guerrillas debían vivir entre el pueblo "como un pez en el océano". En "Doctor eléctrico" Country Joe cantaba: "Ven y únete a nosotros en las calles y universidades, vamos a liberar el poder de un millón de soles para cambiar las cosas". Su tema más popular satirizaba la guerra: *El tío Sam necesita su ayuda otra vez. Se metió en un lío terrible allá en Vietnam, así que dejen sus libros y tomen un arma, vamos a divertirnos mucho.* Igual voltaje político tenían los textos de Jefferson Airplane: *Todos somos bandidos a los ojos de Norteamérica. Para sobrevivir robamos, estafamos, mentimos, falsificamos, escondemos, traficamos. Somos obscenos, desenfrenados, horrendos, peligrosos, asquerosos, violentos y jóvenes. Toda tu propiedad es el blanco de tu enemigo y tu enemigo somos nosotros. Vamos, derrumbemos las vallas.* Pocos recuerdan que en Woodstock también se cantó en castellano. *Oh, qué lindo será traerla a Cuba, la reina de las patrias libres* decían, así tal cual, Crosby, Still, Nash & Young.

Uno de los verbos que más se conjugaron en Woodstock fue *feel* (sentir). *Me siento como un niño huérfano*, improvisó Richie Havens. *Me siento como si fuera a morir*, cantó Country Joe, y The Who, al interpretar fragmentos de su ópera-rock "Tommy" dijo aquello de *see me, feel me, touch me, heal me* (Mírame, siénteme, tócame, cúrame). No era extraño para una generación que asignaba al artista un rol sensitivo, como cantaba la Incredible String Band en "Maya", retrato de un hombre gigante que era también una alegoría sobre la humanidad: *Los historiadores son su memoria, los artistas sus sentidos, los pensadores su cerebro, los trabajadores su crecimiento, los exploradores sus miembros, los soldados su muerte a cada segundo.*

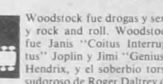
El niño huérfano de Havens lucía emparentado, sin dudas, con Tommy, el niño sordo, ciego y mudo que también algunos compararon en su momento con "El innombrable" de Samuel Beckett. El "Woodstock feeling" se alzaba contra el modelo John Wayne-cowboy duro-nervios de acero que había exhibido la generación anterior, así como los rockeros argentinos siempre criticaron la dureza engominada del tango. Pero el pedido de auxilio que lanzaba Tommy, la "ayudita de mis amigos" que pedía Cocker parecían destinados a desoírse entre medio millón de personas. Roger Daltrey de The Who cantaba "Mirame". Pero sólo los privilegiados de las primeras filas alcanzaban a ver algo más que un puntito sobre el escenario. Lo dice el mismo Bruce Cook cuando desacraliza el film de Wadleigh: la gente no vio las expresiones de los músicos ni oyó el volumen potente que presentaba la película, ya que los organizadores esperaban una cien mil personas. En tanto, la estética de The Who ya estaba lejos del salvajismo que habían mostrado dos años atrás en el festival de Monterrey, cuando gritaron *Mi generación* que decía: *espero morir antes de envejecer.* La forma ópera-rock los acercaba más al sinfonismo wagneriano que sobrevendría en los primeros setenta, época del "art-rock".





AMOR Y MUSICA

Por Joan Baez



Woodstock fue drogas y sexo y rock and roll. Woodstock fue Janis "Coitus Interruptus" Joplin y Jimi "Genius" Hendrix, y el soberbio torso sudoroso de Roger Daltrey de The Who. Woodstock fue "Country" Joe McDonald, tan guapo como un indio salvaje. "Venga, uno, dos, tres; no me preguntes por qué luchamos, me importa un rábano. La próxima parada, Vietnam." Woodstock fue Dirty Sly y la Family Stone flipándose con medio millón de personas. Woodstock fue el chiflado de Joe Cocker, con el cuerpo doblado como un espantajo paralítico pero cantando como Ray Charles. Woodstock fue lluvia y barro, soldados disfrazados y policías que dejaban las pistolas y se ponían a preparar perros calientes para unos hippies hambrientos. Woodstock fue blancas damiselas del lago envalentonadas por los controles de la carretera colocados entre la ciudad dorada de la libertad y sus hermandades universitarias, apartando de los ojos el cabello empapado mientras el agua del lago les chorreaba por el codo, no del todo ajenas a las cámaras que rodaban en la orilla, enfocándoles los hermosos pechos. Woodstock fue Wavy Gravy y su granja porcina. "¿Hay desayuno para cuatrocientos mil?", y sus palabras a los listos "No tomen el ácido marrón, ¿entendido?" Woodstock fue Abbie Hoffman gritándome al oído para ahogar el sonido de Creedence Clearwater Revival, que le regalaba su navaja, y yo diciendo que no porque se burlaba de mi pacifismo, o así me lo parecía...

¿Woodstock? Caramba, yo ya estaba abusando de mi buena suerte. Llevaba diez años en el mundo de la música y todavía no me drogaba ni había recurrido al soporte de un conjunto. Pero Woodstock también fui yo, Joan Baez, la morigerada, embarazada de seis meses, esposa de un antimilitarista que no se cansaba de predicar la no violencia. Yo tenía mi sitio allí. Yo pertenecía a los sesenta y era ya una superviviente.

Llegamos por el aire, volando por el norte del estado de Nueva York. En el helicóptero venían mamá y Janis Joplin. Volamos sobre la cuadrícula de los campos de cultivo y las hordas de caminantes de mochila. Janis agarraba con fuerza su botella de licor y todo el mundo se asomaba a la puerta. El viento nos despeinaba dándonos aspecto de salvajes. Delante y alrededor, nubes amoratadas. ¿Era sólo aquel tiempo revuelto lo que nos excitaba o intuíamos que se iba a hacer historia?

Woodstock fue Manny animando a mamá a fumarse un porro, pero sin conseguirlo, porque ella dijo que le daba miedo.

A veces, los famosos nos reíamos de los halagos. A veces, ser famoso es más molesto que divertido. ¡Pero a veces es maravilloso! Woodstock fue una de estas veces.

Sí; en Woodstock nacieron dos criaturas y murieron tres personas. Woodstock era una ciudad. Sí; fueron tres extraordinarios días de lluvia y de música. No; no fue una revolución. Fue un reflejo de los años sesenta, con mucho color y mucho barro.

Nunca podrá haber otro Woodstock. Woodstock, con todo su barro y toda su gloria, pertenece a los años sesenta. Aquella época escandalosa, añorada, exaltada, trágica, loca, de barbas y collares, se fue para no volver. No la echo de menos. Pero, a veces, los ochenta me irritan.

LA CEREMONIA DEL ADIOS

Por Eduardo Berti

La revolución de la droga es diferente a otras revoluciones en este país: no tiene enemigos. Este es el lugar justo para mostrar esto y dedicarle una canción al gobernador de California, Ronald Regan, gritó Country Joe. El tema de Roger McGuin y Graham Parsons, de The Byrds, sonó en el escenario de Woodstock: *El es el repartidor de la droguería, él es el jefe de Ku Klux Klan. Tiene una medalla que ganó en la guerra y cuelga al lado de su puerta.* Eso no quedó en la película de Michael Wadleigh, de la cual extrajo sus impresiones toda una generación excepto los 400 o 500 mil jóvenes que estuvieron presentes allí.

La realidad de Woodstock tuvo poco que ver con la gloriosa exposición acuariana que mostró la película, escribió Bruce Cook en un muy buen libro llamado *La generación beat. Lo que en su momento había sido bonito, se convirtió en algo magnífico gracias a la fotografía en colores del señor Wadleigh. El film no transmitió los malos olores ni malos viajes. Y el único barro que se podía ver, bueno, parecía magnífico para deslizarse colina abajo.* Veinte años después, en un libro escrito por Joel Makower *(Woodstock, The Oral History)* que acaba de editarse en los Estados Unidos, Abbie Hoffman en uno de los últimos reportajes antes de su suicidio, se queja de que el discurso que pronunció en escena no fue incluido en el film porque: *Los promotores y la industria del rock siempre trataron de separar la política de la cultura aunque, por supuesto, la película se jactaba de no hacerlo.*

De Woodstock quedó un cántico con forma de *"o-oooó"* que dos décadas después los argentinos todavía usan para expresar su agrado y exigir un bis. Quedó la imagen de Jimi Hendrix en la que fue, tal vez, su mejor actuación, y no la de Janis Joplin que —dicen— tuvo allí una de sus peores performances a tal punto que el disco y la película se encargaron de ignorarla. Pero además del barro, los dedos en "V" y otros íconos, ¿qué se cantó en Woodstock? *Cantaremos todas canciones que hablan sobre ustedes* —dijo Richie Havens al público—, *así la gente mañana lee sobre ustedes.*

Hubo letras políticas junto a reclamos de amor y comprensión así como los artistas parecían dividirse en dos lotes: los cantantes de "protesta" como Joan Baez, John Sebastián y Arlo Guthrie por un lado; los grupos del rock ácido de California como Grateful Dead, Jefferson Airplane, Country Joe & The Fish o Sly and The Family Stone por el otro. Pero muchas propuestas como The Who o Santana no encajaban en esta simplificación y el lema "amor y paz" resultaba insuficiente para resumir la ideología de Woodstock.

Country Joe, sin dudas una de las bandas más explícitas de la época, combinaba ambas vertientes: la psicodelia hippie que correspondía al rock ácido con la militancia yippie universitaria de afinidad con el folk politizado. El nombre del grupo hubiera vuelto a matar a McCarthy: Country Joe era, traducido al inglés, uno de los seudónimos de Stalin en su juventud, mientras que The Fish (el pescado) derivaba de los escritos de Mao, para quien las guerrillas debían vivir entre el pueblo "como un pez en el océano". En "Doctor eléctrico" Country Joe cantaba: "Ven y únete a nosotros en las calles y universidades, vamos a liberar el poder de un millón de soles para cambiar las cosas". Su tema más popular satirizaba la guerra: *El tío Sam necesita su ayuda otra vez. Se metió en un lío terrible allá en Vietnam, así que dejen sus libros y tomen un arma, vamos a divertirnos mucho.* Igual voltaje político tenían los textos de Jefferson Airplane: *Todos somos bandidos a los ojos de Norteamérica. Para sobrevivir robamos, estafamos, mentimos, falsificamos, escondemos, traficamos. Somos obscenos, desenfrenados, horrendos, peligrosos, asquerosos, violentos y jóvenes. Toda tu propiedad es el blanco de tu enemigo y tu enemigo somos nosotros. Vamos, derrumbemos las vallas.* Pocos recuerdan que en Woodstock también se cantó en castellano. *Oh, qué lindo será traerla a Cuba, la reina de las patrias libres* decían, así tal cual, Crosby, Still, Nash & Young.

Uno de los verbos que más se conjugaron en Woodstock fue *feel* (sentir). *Me siento como un niño huérfano*, improvisó Richie Havens. *Me siento como si fuera a morir*, cantó Country Joe, y The Who, al interpretar fragmentos de su ópera-rock "Tommy" dijo aquello de *see me, feel me, touch me, heal me* (Mírame, siénteme, tócame, cúrame). No era extraño para una generación que asignaba al artista un rol sensitivo, como cantaba la Incredible String Band en "Maya", retrato de un hombre gigante que era también una alegoría sobre la humanidad: *Los historiadores son su memoria, los artistas sus sentidos, los pensadores su cerebro, los trabajadores su crecimiento, los exploradores sus miembros, los soldados su muerte a cada segundo.*

El niño huérfano de Havens lucía emparentado, sin dudas, con Tommy, el niño sordo, ciego y mudo que también algunos compararon en su momento con "El innombrable" de Samuel Beckett. El "Woodstock feeling" se alzaba contra el modelo John Wayne-cowboy duro-nervios de acero que había exhibido la generación anterior, así como los rockeros argentinos siempre criticaron la dureza engominada del tango. Pero el pedido de auxilio que lanzaba Tommy, la "ayudita de mis amigos" que pedía Cocker parecían destinados a desoírse entre medio millón de personas. Roger Daltrey de The Who cantaba "Mírame". Pero sólo los privilegiados de las primeras filas alcanzaban a ver algo más que un puntito sobre el escenario. Lo dice el mismo Bruce Cook cuando desacraliza el film de Wadleigh: la gente no vio las expresiones de los músicos ni oyó el volumen potente que presentaba la película, ya que los organizadores esperaban una cien mil personas. En tanto, la estética de The Who ya estaba lejos del salvajismo que habían mostrado dos años atrás en el festival de Monterrey, cuando gritaron *Mi generación* que decía: *espero morir antes de envejecer.* La forma ópera-rock los acercaba más al sinfonismo wagneriano que sobrevendría en los primeros setenta, época del "art-rock".

Si la contracultura hippie insistía en los sentimientos y también los sentidos y la percepción, entonces no debe resultar extraño que ocho años después los punks propusieran el "no-feelings", ya que su identidad nihilista casi se forjó por oposición al idealismo de los sesenta: *war & hate* (guerra y odio) contra "paz y amor"; ciudad versus campo; sótanos nocturnos contra luz de sol; "destruye" versus no-violencia; lo horrible contra "soy hermoso". Pero el hecho de que no sólo el punk sino varios músicos de los ochenta reivindiquen hoy como sus mayores influencias del sesenta precisamente a los músicos que no fueron a Woodstock (Lou Reed, The Doors, Frank Zappa, etc.) demuestra que ya en 1969 el "flower power" tenía algunos críticos inteligentes que no eran "squares" (caretas) como el "Mr. Jones" al que le cantó Bob Dylan sino que provenían de las mismas filas del rock. Hasta 1967 el "sonido San Francisco", crecido bajo el hechizo de los Beatles, había hegemonizado la escena del rock norteamericano, pero el '68 mostró las primeras fisuras: Reagan ya era gobernador de California, algunos abandonaban el estado y la industria se había abalanzado sobre el idealismo hippie.

En Argentina, Fernando Ayala filmaba *El profesor hippie* con Luis Sandrini. *Los hippies no somos comerciantes,* rezaban en tanto algunos graffitti yanquis de la época. *Estamos en esto sólo por dinero,* ironizaba Frank Zappa. La revista *Life* dedicaba su tapa a Jefferson Airplane, que acababa de cobrar 20 mil dólares como adelanto de un contrato con una gran compañía. Meses después el grupo grababa "Canción para todas las épocas": *El rumor corre por las calles: mientras sus discos se apilan en las bateas, ustedes se pelean, su banda se rompe. Escuché que su manager escapó de la ciudad con el dinero.*

La rivalidad entre Nueva York y California creció en este período en que comienza la decadencia del hippismo. Si Country Joe entonaba "no quiero volver a New York City" y el público de Woodstock coreaba el mismo "Deja que entre el sol" que aquí se encargó de gritar Valeria Lynch, desde la Babilonia norteamericana Lou Reed respondía: *¿Quién ama el sol? ¿A quién le importa que haga crecer las plantas? ¿Quién ama la lluvia? ¿A quién le importa que haga crecer las flores?.* Era una burla descarada ante las metáforas habituales de Creedence Clearwater Revival y el folk-rock. Estos músicos a contramano del flower-power acaso sospechaban de la facilidad con que los organizadores del festival habían obtenido los permisos correspondientes de Max Yasgur, propietario de la granja donde se hizo Woodstock y padre de uno de los asistentes del abogado del distrito de la ciudad de Nueva York.

En *La historia oral,* Abbie Hoffman reflexiona: "*Nosotros* llamábamos cooptación a su estrategia; *ellos* fueron capaces de co-optar el costado comercial y de rechazar las partes que eran radicales. Fueron capaces de convertir una histórica confrontación social en una moda que pudiera ser puesta en venta". *Ellos* —al decir de Hoffman— son los organizadores del festival. *Nosotros,* se supone, la "new left" o nueva izquierda del momento. Hoffman exageraba y hablaba desde su iracundia contra el pacifismo. Lo cierto es que Hendrix y Joplin morían al año siguiente, Lennon declaraba *el sueño terminó* y con la gran crisis del '73 se diluían los últimos ecos de la psicodelia. ¿Paz y amor? Cuatro meses después de Woodstock, en Altamont, los Angeles del Infierno asesinaban a un muchacho negro en un show de los Rolling Stones. Adiós paz. Los punks cantaban "no sex" antes de sospechar la existencia del SIDA y en 1979 la policía descubría que Ira Einhorn, pope de la contracultura, convivía desde hacía dos años con el cadáver de su mujer empaquetado en el baño de su casa. Adiós amor. *Es como empezar de nuevo,* susurraba Lennon en 1980, minutos antes de que lo mataran. Fue necesario que pasara tanto tiempo para que Woodstock, que en su momento fue visto como el comienzo de una nueva era, se revelara como la bisagra entre dos décadas, como la gran puesta en escena del final.



Entrevista a Michael Lang, organizador de Woodstock

NO HABRA NINGUNO IGUAL



—¿Por qué Woodstock se celebró en Nueva York cuando se suponía que California era el epicentro del hippismo?

—Porque para esa época el hippismo ya no pertenecía sólo a California. Se había diseminado por todo el país. Además, muchas de las figuras principales del momento vivían en Woodstock, como Bob Dylan, Janis Joplin, The Band. Yo mismo vivía en Nueva York.

Quien habla es Michael Lang, el organizador de Woodstock, que hoy tiene 42 años. La cuenta es sencilla: contaba apenas 22 cuando se paseaba en moto, con una sonrisa traviesa, por entre el público del festival. Después de Woodstock, Lang trabajó con los grupos Stuff, Dr. John y Paul Butterfield Blues Band, y hasta vino a la Argentina en 1977 cuando Joe Cocker actuó en el estadio Luna Park. Entonces dijo que "el Woodstock *feeling* se estandarizó pero aún existe, sólo que producido en masa" y también que "si hubiéramos usado nuestra energía dentro de la sociedad nos hubiéramos convertido en una fuerza, incluso una fuerza económica". Aún no había asumido Reagan ni existían los yuppies, claro. Hoy Mike Lang sigue siendo el manager de Cocker, aquel blanco con voz de negro que le pusiera música al strip tease de Kim Basinger en *Nueve semanas y media.* Tiene sus oficinas en Broomstreet al 400, en New York City, desde allí habló por teléfono con **Página/12.**

—Woodstock fue entendido en su momento como el comienzo de una nueva era o una "nueva nación". Veinte años después parece más el punto culminante del "flower-power". ¿Qué piensa usted?

—Ni una cosa ni la otra. Yo diría que Woodstock fue una especie de resumen de los sesenta y también la gran presentación en sociedad de los ideales de nuestra generación.

—Frank Zappa, Lou Reed, The Doors, Bob Dylan y otros ausentes en Woodstock hacían por entonces algunas objeciones a, por ejemplo, el extremo idealismo de la cultura hippie. ¿Cómo tomaban ustedes esas críticas?

—Nosotros creíamos en lo nuestro. La prueba es que logramos algunos cambios en la sociedad, producimos un gran efecto en la percepción de la gente. Quizá fuimos muy idealistas y poco realistas, pero aún así logramos presionar a los políticos y que Lyndon B. Johnson no se presentara otra vez como candidato presidencial.

—¿Cuál fue el Woodstock de los ochenta? ¿Cómo imagina el de los noventa?

—No tuvimos un Woodstock en los ochenta. Lo más aproximado fue "Live Aid", pero no alcanzó a significar la demostración de ideas de una generación. Estuvo más centrado en la música y en la solidaridad. En cuanto a los noventa... siento que Woodstock es imposible de repetir. Pertenece a los sesenta y no puedo imaginarlo en otro contexto.

—¿Qué autocríticas se podrían hacer hoy?

—No son importantes porque corresponden más al aspecto técnico. Son cosas insignificantes frente a la suerte que tuvo mi generación de poder gritar sus ideales.

—Joe Cocker acaba de participar en los festejos por la victoria de George Bush. En los sesenta se suponía que los republicanos eran los enemigos. ¿A qué se debe semejante cambio?

—Los cambios son grandes porque hoy los bandos no están tan claros como antes. En los sesenta resultaba más fácil situarse en uno de los dos bandos: ya sea por cuestiones políticas o emocionales no se podía ser indiferente a la discriminación racial o a la guerra en Vietnam. Ahora el poder se tornó complejo. Gran parte de la generación de Woodstock creció y ocupa puestos de poder. Ya no se puede distinguir entre el bien y el mal como antes. De todos modos, Joe y yo no fuimos al acto de Bush por razones políticas. No fuimos porque sea un republicano sino porque es nuestro presidente.

MONIA ADIOS

Si la contracultura hippie insistía en los entimientos y también los sentidos y la percepción, entonces no debe resultar extraño que ocho años después los punks propuieran el "no-feelings", ya que su identidad nihilista casi se forjó por oposición al idealismo de los sesenta: *war & hate* (guerra y odio) contra "paz y amor"; ciudad versus campo; ótanos nocturnos contra luz de sol; 'destruye" versus no-violencia; lo horrible contra "soy hermoso". Pero el hecho de que no sólo el punk sino varios músicos de los ochenta reivindiquen hoy como sus mayores nfluencias del sesenta precisamente a los músicos que no fueron a Woodstock (Lou Reed, The Doors, Frank Zappa, etc.) demuestra que ya en 1969 el "flower power" tenía algunos críticos inteligentes que no eran "squares" (caretas) como el "Mr. Jones" al que le cantó Bob Dylan sino que provenían de las mismas filas del rock. Hasta 1967 el "sonido San Francisco", crecido bajo el hechizo de los Beatles, había hegemonizado la escena del rock norteamericano, pero el '68 mostró las primeras fisuras: Reagan ya era gobernador de California, algunos abandonaban el estado y la industria se había abalanzado sobre el idealismo hippie.

En Argentina, Fernando Ayala filmaba *El profesor hippie* con Luis Sandrini. *Los hippies no somos comerciantes,* rezaban en tanto algunos graffitti yanquis de la época. *Estamos en esto sólo por dinero,* ironizaba Frank Zappa. La revista *Life* dedicaba su tapa a Jefferson Airplane, que acababa de cobrar 20 mil dólares como adelanto de un contrato con una gran compañía. Meses después el grupo grababa "Canción para todas las épocas": *El rumor corre por las calles: mientras sus discos se apilan en las bateas, ustedes se pelean, su banda se rompe. Escuché que su manager escapó de la ciudad con el dinero.*

La rivalidad entre Nueva York y California creció en este período en que comienza la decadencia del hippismo. Si Country Joe entonaba "no quiero volver a New York City" y el público de Woodstock coreaba el mismo "Deja que entre el sol" que aquí se encargó de gritar Valeria Lynch, desde la Babilonia norteamericana Lou Reed respondía: *¿Quién ama el sol? ¿A quién le importa que haga crecer las plantas? ¿Quién ama la lluvia? ¿A quién le importa que haga crecer las flores?.* Era una burla descarada ante las metáforas habituales de Creedence Clearwater Revival y el folk-rock. Estos músicos a contramano del flower-power acaso sospechaban de la facilidad con que los organizadores del festival habían obtenido los permisos correspondientes de Max Yasgur, propietario de la granja donde se hizo Woodstock y padre de uno de los asistentes del abogado del distrito de la ciudad de Nueva York.

En *La historia oral,* Abbie Hoffman reflexiona: "*Nosotros* llamábamos cooptación a su estrategia; *ellos* fueron capaces de co-optar el costado comercial y de rechazar las partes que eran radicales. Fueron capaces de convertir una histórica confrontación social en una moda que pudiera ser puesta en venta". *Ellos* —al decir de Hoffman— son los organizadores del festival. *Nosotros,* se supone, la "new left" o nueva izquierda del momento. Hoffman exageraba y hablaba desde su iracundia contra el pacifismo. Lo cierto es que Hendrix y Joplin morían al año siguiente, Lennon declaraba *el sueño terminó* y con la gran crisis del '73 se diluían los últimos ecos de la psicodelia. ¿Paz y amor? Cuatro meses después de Woodstock, en Altamont, los Angeles del Infierno asesinaban a un muchacho negro en un show de los Rolling Stones. Adiós paz. Los punks cantaban "no sex" antes de sospechar la existencia del SIDA y en 1979 la policía descubría que Ira Einhorn, pope de la contracultura, convivía desde hacía dos años con el cadáver de su mujer empaquetado en el baño de su casa. Adiós amor. *Es como empezar de nuevo,* susurraba Lennon en 1980, minutos antes de que lo mataran. Fue necesario que pasara tanto tiempo para que Woodstock, que en su momento fue visto como el comienzo de una nueva era, se revelara como la bisagra entre dos décadas, como la gran puesta en escena del final.



Entrevista a Michael Lang, organizador de Woodstock

NO HABRA NINGUNO IGUAL

—¿Por qué Woodstock se celebró en Nueva York cuando se suponía que California era el epicentro del hippismo?

—Porque para esa época el hippismo ya no pertenecía sólo a California. Se había diseminado por todo el país. Además, muchas de las figuras principales del momento vivían en Woodstock, como Bob Dylan, Janis Joplin, The Band. Yo mismo vivía en Nueva York.

Quien habla es Michael Lang, el organizador de Woodstock, que hoy tiene 42 años. La cuenta es sencilla: contaba apenas 22 cuando se paseaba en moto, con una sonrisa traviesa, por entre el público del festival. Después de Woodstock, Lang trabajó con los grupos Stuff, Dr. John y Paul Butterfield Blues Band, y hasta vino a la Argentina en 1977 cuando Joe Cocker actuó en el estadio Luna Park. Entonces dijo que "el Woodstock *feeling* se estandarizó pero aún existe, sólo que producido en masa" y también que "si hubiéramos usado nuestra energía dentro de la sociedad nos hubiéramos convertido en una fuerza, incluso una fuerza económica". Aún no había asumido Reagan ni existían los yuppies, claro. Hoy Mike Lang sigue siendo el manager de Cocker, aquel blanco con voz de negro que le pusiera música al strip tease de Kim Basinger en *Nueve semanas y media.* Tiene sus oficinas en Broomstreet al 400, en New York City, desde allí habló por teléfono con **Página/12.**

—Woodstock fue entendido en su momento como el comienzo de una nueva era o una "nueva nación". Veinte años después parece más el punto culminante del "flower-power". ¿Qué piensa usted?

—Ni una cosa ni la otra. Yo diría que Woodstock fue una especie de resumen de los sesenta y también la gran presentación en sociedad de los ideales de nuestra generación.

—Frank Zappa, Lou Reed, The Doors, Bob Dylan y otros ausentes en Woodstock hacían por entonces algunas objeciones a, por ejemplo, el extremo idealismo de la cultura hippie. ¿Cómo tomaban ustedes esas críticas?

—Nosotros creíamos en lo nuestro. La prueba es que logramos algunos cambios en la sociedad, producimos un gran efecto en la percepción de la gente. Quizá fuimos muy idealistas y poco realistas, pero aún así logramos presionar a los políticos y que Lyndon B. Johnson no se presentara otra vez como candidato presidencial.

—¿Cuál fue el Woodstock de los ochenta? ¿Cómo imagina el de los noventa?

—No tuvimos un Woodstock en los ochenta. Lo más aproximado fue "Live Aid", pero no alcanzó a significar la demostración de ideas de una generación. Estuvo más centrado en la música y en la solidaridad. En cuanto a los noventa... siento que Woodstock es imposible de repetir. Pertenece a los sesenta y no puedo imaginarlo en otro contexto.

—¿Qué autocríticas se podrían hacer hoy?

—No son importantes porque corresponden más al aspecto técnico. Son cosas insignificantes frente a la suerte que tuvo mi generación de poder gritar sus ideales.

—Joe Cocker acaba de participar en los festejos por la victoria de George Bush. En los sesenta se suponía que los republicanos eran los enemigos. ¿A qué se debe semejante cambio?

—Los cambios son grandes porque hoy los bandos no están tan claros como antes. En los sesenta resultaba más fácil situarse en uno de los dos bandos: ya sea por cuestiones políticas o emocionales no se podía ser indiferente a la discriminación racial o a la guerra en Vietnam. Ahora el poder se tornó complejo. Gran parte de la generación de Woodstock creció y ocupa puestos de poder. Ya no se puede distinguir entre el bien y el mal como antes. De todos modos, Joe y yo no fuimos al acto de Bush por razones políticas. No fuimos porque sea un republicano sino porque es nuestro presidente.



EL OCASO DE LOS DIOSES

Por Eduardo Berti



Sacerdote, poeta y filósofo, Hugo Mugica es uno de los pocos argentinos presentes en Woodstock. Entonces tenía 27 años y vivía en el barrio bohemio de Greenwich Village. Trabajó con Timothy Leary en experiencias de creación artística bajo efectos del ácido lisérgico; publicó algunos de sus dibujos en un libro sobre mandalas; tuvo como gurú a Swami Satchidananda, el mismo que guiaba a William Burroughs y Allen Ginsberg y que en la película *Woodstock* dice desde el escenario: "Llegó el momento de que Estados Unidos ayude al mundo en la esfera espiritual". Al día siguiente del festival, Mugica se hizo monje trapense. "Uno de esos monjes que no hablan, como dice la gente de los monjes contemplativos con voto de silencio", define. Hoy es sacerdote de la Iglesia Católica. Todos los días celebra misa en el Patrocinio de San José, Barrio Norte. Además publicó cuatro libros de poesía y un ensayo sobre Heidegger.

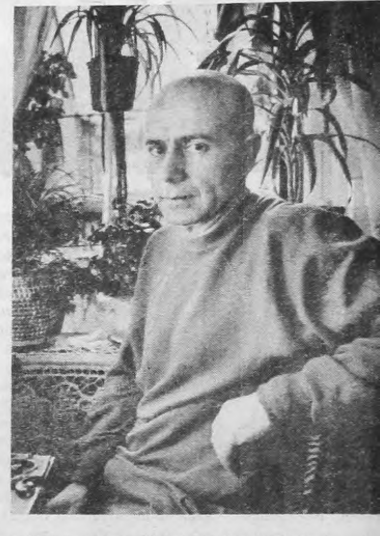
"Woodstock fue la celebración y despedida de los sesenta", cree. "Ya se había producido la fisura dentro de la contracultura: los Beatles estaban a punto de separarse, Dylan seguía en silencio, la protesta anti-Vietnam era oficial porque la guerra ya no era negocio. En pleno Village se había instalado el Circo Eléctrico y pagando entrada se hacían trips artificiales. Era la formalización de la psicodelia. La desintegración por venir ya se percibía en el ánimo del público de Woodstock: al tercer día muchos querían que el festival terminase de una vez. Había sido excesivo en gente, en duración, en drogas, pero todos soñaban con otro festival al año siguiente. No había sensación de despedida."

"Recuerdo que fui en camioneta con unos amigos, casi a paso de hombre por la carretera, visitándonos de un auto al otro. Habíamos comprado entradas, pero la mayoría se iba a colar. Al final, el festival fue gratuito. Me impresionó la actuación de Joan Baez, mojada y descalza. Después se largó a llover y aprendí que se puede dormir bajo lluvia."

El costado místico del hippismo es un tema que interesa a Mugica. "Nuestra generación probó formas radicales de la iglesia porque cuestionaba lo eclesiástico. No concebíamos la realidad como una estructura fija sino como un constante fluir. Por eso buscamos a Dios a través del ácido o el orientalismo. Luego vino el desencanto. Costó admitir que Leary estaba loco porque era admitir nuestra propia locura. Los que no reventaron con el ácido intentaron zafar a través de la religión. Los que habíamos optado por la espiritualidad oriental nos empezamos a incomodar ante tanto desprecio por la realidad. El orientalismo proponía el sacrificio de la existencia y yo no quería resignar algo tan importante", dice Mugica.

Si la cultura hippie de los sesenta fue reemplazada por el "hedonismo yuppie de los ochenta" —dice Mugica—, entonces las libertades individuales y las experiencias de la percepción fueron reemplazadas por el aerobismo y el "narcisismo social de la ecología", y el gurú Satchidananda por Jimmy Swaggart. "La diferencia entre ambos es enorme: el Swami proponía lo otro, Swaggart representa lo mismo. La moral de los telepredicadores es la vuelta a los valores del cincuenta: el modelo del ejecutivo triunfante, la moral de la eficacia. Si en los sesenta la religión era un elemento desestructurante, hoy el discurso de los telepredicadores se basa en el orden. Allí coinciden con el fascismo. No olvidemos que la dictadura argentina prohibió a los Hare Krishna, que significaban el *drop-out*, mientras Videla se hacía construir una capilla en la Casa Rosada".

Como muchos integrantes de la "última generación de los grandes cuestionamientos", Mugica considera inevitable y saludable que llegara a su fin la contracultura hippie. "El inconveniente es que no la sucedió otra contracultura", agrega. "Fuimos la última generación con ídolos: el Che, Lennon. Dentro del misticismo reinante, considerábamos dioses o sacerdotes a los músicos. Hoy se pasó a otro extremo: los pibes no tienen modelos y los músicos son famosos por diez minutos, como previó Andy Warhol." Si no hubo herederos en los '70 y '80, dice, es porque "en los sesenta no ocurrió una verdadera liberación sino un cambio de símbolos: la corbata por las camisas floreadas, el whisky por la marihuana, el *New York Times* por la prensa underground. Para una verdadera liberación hubiera hecho falta un marco de pensamiento que la sustentase, pero el hippismo tenía tal desprecio por el pensamiento que fue imposible. Los beatniks y existencialistas tenían libros de cabecera, los hippies casi ninguno. Pienso ahora por qué no se originó un debate profundo después de Woodstock: porque no había ejercicio crítico y el lenguaje se había reducido a lo exclamativo y lo afectivo: wow, groovy, y cinco o seis onomatopeyas más. El ejercicio crítico estaba mal visto entre nosotros. Se sostenía que estábamos viviendo en el mejor de los mundos posibles".



MIS AMIGOS, LOS FANTASMAS

*Por el Indio Solari**



En general no me siento tentado por las evocaciones. Sin embargo, creo que, de alguna manera, el pasado escribe lo que somos hoy.

Los días 15, 16 y 17 de agosto del año 1969, en los bosques de Woodstock, 400.000 jóvenes se reunieron en un colosal picnic musical que se transformó espontáneamente en el flash de la sociabilidad de la cultura rock. Yo no estaba allí.

Woodstock no fue el festival más grande. En el año '73 acontece el Watkins Glen Summer Jam que con sólo tres grupos (Grateful Dead, The Band y los Allman Brothers) congrega a más de 600.000 tipitos. Woodstock fue el festival símbolo de esa cultura producto de los años previos. Por entonces, el Imperio ponía a prueba la solidez de su fuerza. Había guerra en Vietnam. Revueltas estudiantiles con destrucción masiva de cédulas de llamada a alistamiento. Desobediencias públicas que acarreaban persecución y cárcel a los jóvenes contestatarios cansados de entonar el himno apoteótico de los militares, los políticos y la TV cortesana. Esos chicos hartos de la modernización salvaje que intentaban liberarse de la producción compulsiva y el consumo frenético.

Yo no estaba allí, decía, pero la onda expansiva llegó a todo el mundo y todavía hoy hablamos de esa ciudad nómade, de esos vagabundos que llegaron en sus camiones decorados por la política del éxtasis, para pasar tres días de paz, amor y música en una sola escena de público y músicos. La generación de Woodstock provocó el único verdadero miedo de la administración imperial en décadas. Pues como se le escapara a un funcionario de la Casa Blanca en el momento: "Es más fácil enviar tropas al extranjero que movilizar la Guardia Nacional contra los hijos de los contribuyentes".

Woodstock es para mí un resumen de todos esos años que vivimos al taco. Hay todavía en esa visión un par de fantasmas que dicen ser mis mejores amigos. Parece joda ¿no?

* *Cantante y compositor de Patricio Rey y los Redonditos de Ricota.*



ROMPECABEZAS

Agosto de 1969. El Apolo XI volvía de la Luna. Los norvietnamitas arrasaban noventa ciudades del sur. Paulo VI visita Uganda. La OEA logra que El Salvador retire sus tropas de Honduras. El gobierno irlandés reprime a manifestantes católicos: treinta muertos. El clan Manson asesina a Sharon Tate, mujer de Roman Polanski, y a otras personas en California. "Nos lo indicaron los Beatles desde sus discos", dijeron. Años después, en su único reportaje desde la prisión, Manson alcanza a delirar: "Yo acabé con los hippies". Onganía niega la entrada a la Argentina a Dean Reed. En la TV: "Clan Stivel", "Horangel", "Los invasores", el abogado Urtizberea y el diablo. En el cine: *Edipo Rey* de Pasolini y *El amor a través de los siglos* de Godard. Aparecen el sonido estereofónico de Ken Brown, el Ford Fairlane y el Rambler Ambassador. "El comandante en jefe del Ejército no tiene deseos de ocupar otros cargos", dice Lanusse en tercera persona sobre sí mismo. Juan Navarra le arrebata el título mundial de billar a tres bandas a su hermano Ezequiel. Todo queda en familia.

CERATI NO CREE EN SLOGANS



Gustavo Cerati, guitarrista y cantante de Soda Stereo, tenía 9 años cuando se hizo Woodstock pero recién vio la película a los 15 o 16 años "junto a algunos amigos mayores que habían vivido esa historia", dice. "Uno de mis amigos llegó a ver la película treinta y ocho veces. No sé... creo que el hippismo no sólo llegó más tarde a la Argentina sino que se mantuvo más tiempo, e incluso siento que en países como Perú o México, que visitamos con Soda Stereo, aún continúa cierto aspecto místico de la cosa, como si Woodstock hubiera sucedido ayer." Para Cerati hoy sería imposible organizar un megaconcierto de cuatrocientas mil personas sin que se produjeran incidentes. "En ese sentido Woodstock fue un milagro", opina.

¿Qué heredó de Woodstock la generación de músicos que ahora cuenta entre 25 y 30 años? "En mi caso personal, aunque no creo en 'paz y amor' como un slogan, siento como un hecho mágico la comunicación, la sincronía que se produce con la gente", dice Cerati. "Creo que me hubiera gustado vivir en esa época. Tal vez eran tiempos utópicos, pero los valores que se expresaban son indiscutibles: no a la guerra, no a la violencia. Rescato del hippismo el idealismo y la inocencia que el mundo siempre termina por fagocitar. No comparto, en cambio, algunos métodos, el aspecto místico, la pretensión de creerse superior."

"En lo musical, me impresionó ver en acción a The Who, Santana, Cocker y Hendrix. No había videoclips como ahora y las pocas películas musicales eran recibidas como un milagro. No nos gustaba mucho, en cambio, Joan Baez, y yo no terminaba de entender a Richie Havens. Hoy veo a Prince y lo encuentro muy parecido a Hendrix y a Sly & the Family Stone. En los ochenta no hubo nada que se pareciera a Woodstock. Tal vez Amnesty o Live Aid, pero la diferencia es que Woodstock fue hecho 'para adentro' y esos festivales, en cambio, por su costado solidario y por los grandes medios que los cubrieron fueron 'para afuera'".